



— ¡Pues no andan diciendo por ahí mis amigas que me pinto!...
— ¡Habladurías, señorital... Si tuvieran su cutis, también ellas se pintarían.

Dib. URIBE. — Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En estos días es cuando
más indicado está el uso
de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE



Dib. CUÉLLAR
Madrid.

EL GUÍA. — *Son tan espesos los muros de esta fortaleza, que desde fuera no se oían los gemidos de los prisioneros.*

EL (a ella). — *¿No te lo decía yo?... Es una habitación ideal para tus ejercicios de canto.*

21. — Charada condescendiente.

— No sé cómo *prima-dos-tercia* esas cosas a *dos-prima*.

— Muy sencillo: está protegido por *prima-prima*, la «debilidad» del jefe del Negociado.

— ¡Qué hombres! ¡Estar tonto por una tía *tres-cuarta* como ésa!

— Pues ahí tienes la causa de tanta *todo* con tu amigo.

22. — ¡Para el clavel..., pollo!

AR ARTÍCULO ROZ

23. — Dicho.

ABC CHDEFGHIJKLLLMÑOPQRSTUVWXYZ
NOTA GO

24. — Cataclismo.

R Í O
NOTA
INDIAN

25. — Del tresillo.

500 A
— Me juego cinco duros a
que paso el río antes que tú.
SIN A

26. — No se lo deseamos en muchos años.

Ilustrísimo Sr. DR. VERDES MONTENEGRO

27. — ¿Calzonazos?...

PADRE
OINOWED

28. — De actualidad.

501
ÁNGULO DE 90 GRADOS
DON
ARTILLERO

29. — Romanonista.

— No me atrevo con esa *dos-cuarta*.
— ¿Por qué? Ayer la *prima-tercia* yo sin dificultad.
— Me figuraba que era usted un *dos-tercia*..., y ahora resulta usted un torero.
— También *todo* blasonaba de radical, y ¡ya ve usted en lo que acabó!

CUPÓN

correspondiente a los números
95 y 96
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

CUPÓN NÚM. 4 y 5

que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de septiembre.

Para las condiciones de este Con-
curso, véase nuestro número 92.



Dib. Bai. — Madrid.

— *Si usted me lo permite, Lili, hablaré con su madre.*
— *Dudo, caballero, de que mi madre quiera volver a casarse.*

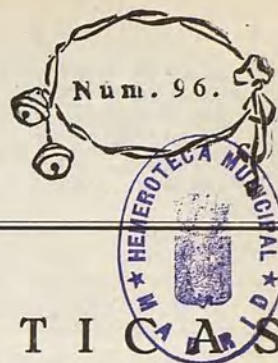


JABÓN GAL PARA LA BARBA

Forma en el acto abundantísima espuma
que no se seca en la cara.

Barra 1.50

en todos los comercios de España



A N É C D O T A S P E R I O D Í S T I C A S

ARTÍCULOS DE COLABORACIÓN



ACE años vivía yo en París — he estado allí más tiempo [que Ernesto Polo, para rabia de éste —, y en una revista mensual que publicaba un señor argentino y que confeccionaba Antonio G. de Linares, me pidieron artículos humorísticos — especialidad de la casa —. Los hice, se publicaron, los cobré, los gasté, y encantado de la vida; si bien esto último no tiene nada de particular, porque yo siempre lo estoy. Un día me dijeron que el propietario quería hablarme.

— Mire — me dijo —, sus artículos están bien; pero no corresponden al *bujeto* que tengo hecho.

— ¿Cómo dice, señor? ¿Al *bujeto*?...

— Sí; a cada plana le tengo asignada una cantidad, y por lo que usted cobra, deberían ser sus artículos más largos y ocupar más espacio.

Comprendí que el *bujeto* era una traducción al argentino de la palabra francesa *budget* (presupuesto).

— ¿De modo que los artículos tienen que ser al peso? Entonces, dígame, señor: ¿cuánto paga usted por un soneto a Rubén Darío, que no ocupa más que media página?

Aun no me ha contestado.



Era yo, y sigo siendo, redactor de un periódico diario, y colaboraba en el suplemento literario que semanalmente publica otro diario. Esta colaboración se reducía a la publicación de un artículo humorístico — siempre la especialidad de la casa — cada cinco o seis números del citado suplemento.

Un día, el propietario del colega, ministro de Fomento a la sazón, hombre culto, bien orientado y deseoso de servir

a su país, dictó una disposición referente a subsistencias, que yo comenté favorablemente en mi periódico, y el ministro me envió las gracias por las frases que le dediqué, diciéndome que quedaba muy agradecido. ¡Figúrense ustedes lo encantado que estaría yo con agradecimiento tal!

Coincidió esto con el recibo de una carta del director del colega, hijo del ministro, muchacho simpático y efusivo, y en la que me decía, a propósito de otro asunto: «... ya sabe usted cuánto se le estima en esta casa.»

Y es lo que yo me dije: «Agradecimiento del propietario, estimación del director... Voy a ser el amo en eso de

colaborar en el suplemento.» Efectivamente: desde entonces no me volvieron a publicar un solo artículo, y perdí la colaboración. ¡Si llego a ser antipático...



Un amigo mío, simpático y correcto, ha sido editor de infinitas publicaciones, con especialidad periódicos semanales ilustrados. Lo malo que tiene este amigo es que su concepto sobre el valor de la literatura no es exageradamente grande, y de ahí que la caja de donde sale el pago para los colaboradores se muestre mezquina y a veces retraída, por no conceder a los escritores un mérito digno de ser recompensado con muchas pesetas. Mi amigo, a pesar de su corrección y de su intachable honradez, no es un Mecenas, precisamente.

En cierta ocasión, y para uno de los infinitos periódicos que hizo, pidió colaboración a renombrados escritores. Uno de ellos le envió, escribiendo en el sobre que encerraba un artículo: «Este sobre contiene dos cosas indivisibles. Un artículo y un recibo que no se pueden separar. De quedarse con el artículo, hay que abonar el recibo; de no pagar el recibo, hay que devolver el artículo. ¿Está esto claro?» No sé qué suerte corrió el sobre con las dos cosas inseparables; pero el maestro D. José de Laserna puede decirlo.



Un bohemio literario de los pocos que quedan tiene distribuidos sus días, y hasta sus horas, entre las personas a quienes dar sablazos.

Entre los *favorecidos* figura el director de un periódico diario, al que espera en el portal de la Redacción pacientemente el sablista.

Pues bien: hay veces que



Dib. SILENO. — Madrid.

malhumorado sube a la Redacción y pregunta a los ordenanzas:

— ¿No ha venido, verdad?... Porque yo no le he visto entrar...

— No, señor; no ha venido el director.

Entonces, adoptando un gesto agrio, añade:

— ¡No sabe bien don Manuel el perjuicio que me está causando!

Así es que el sableado, al entregarle unas pesetas, tiene además que excusarse por haber tardado en ir al periódico.

A. R. BONNAT

EL TRIUNFO DE LOS WILLIAMSON

Su apellido auténtico era el de Pérez y Pérez, y su verdadera nacionalidad la española; pero en los carteles anunciadores y entre sus compañeros de circo se hacían llamar los Williamson y figuraban como nacidos en la poderosa Inglaterra. Una razón de fuerza motivaba estas transformaciones del apellido y del lugar de su nacimiento.

Denominándose la «troupe Pérez», jamás hubieran logrado éxito en ese mundo de los volatines, en el cual, para conseguir triunfos, precisase usar un nombre extravagante y exótico, que demuestre se es natural de un lejano país.

La familia Williamson, compuesta por ocho individuos, trabajaba, en su calidad de artistas de segundo orden, en esos circos ambulantes que recorren las ferias de los pueblos, y que de este modo visitan casi todos los países.

La labor artística de los Williamson era meritoria. Colocado en el centro de la pista Williamson padre, los siete restantes miembros de la familia trepaban

sobre su cuerpo, y él, con gran serenidad, mantenía a todos en el aire. Este loable trabajo, en verdad, no se retribuía muy generosamente. El señor Williamson solía quejarse así más de una vez:

— ¡Oh, aquí el artista está mal pagado! ¡Con mis equilibrios apenas nos podemos sostener!

En cierta ocasión, hallándose en una ciudad de Francia, los individuos que formaban la banda de música del circo se declararon en huelga, solicitando un aumento de jornal. Se pretendió buscarles sustitutos vanamente, pues los profesionales de la población no se prestaban, por solidaridad, a servir de esquirols, creando con tal motivo un complicado conflicto al director de la compañía ecuestreacrobática.

Fué entonces cuando los Williamson, que ni una palabra de música conocían, se ofrecieron a reemplazar a los exigentes huelguistas. A la hora de principiar el espectáculo el circo aparecía completamente lleno, y los Williamson, ocupando el tablado de la orquesta, comenzaron a ejecutar un pasodoble, como número de entrada del programa.

¡Momento terrible, horroroso, este en que todos los instrumentos — el trombón, el cornetín, la flauta, el bombo — sonaron con horripilante estrépito, manejados por aquellas manos inhábiles e inexpertas! Era aquello tan espantoso, que el público, aterrorizado, comenzó a huir ante el infernal ruido, creyendo llegado el día del juicio final.

La gente, al escapar, gritaba:

— ¡Socorro!... ¡Socorro!...

Otros decían:

— ¡Hay temblor de tierra!...

Debido a ser la ciudad pequeña, llegaba a toda ella, extendiéndose, la tremebunda algarabía producida por la ignorante banda de los Williamson, y las campanas de las iglesias fueron echa-

das a vuelo en señal de alarma, en tanto las aves de rapiña, temerosas y amedrentadas, volaban por las alturas... ¡Nunca en este bajo y liviano mundo se escuchó ruido tan abracadabrante y horrisón!

Al aclararse todo, los artistas fueron multados, y las gentes del lugar, indignadas, apedrearón y asaltaron el circo ambulante. El pueblo, al realizar este acto, señalaba la conveniencia de que, para tocar instrumentos de música, se debe, al menos, conocer el pentagrama...

Y recorrieron pueblos, ciudades y países, ocurriendo en todos ellos el mismo desafortunado suceso. La huelga continuaba tenaz, y los Williamson, obstinados, ocupaban heroicamente el lugar de la orquesta. En su fracaso, al ser rechazados por el mundo entero, sufrieron cruentas persecuciones, y en más de una población los despidieron a tiros o intentaron arrojarlos al mar.

Desembarcados en Nueva York, tal conflicto originaron los Williamson con su endiablada música, que, condenados a cinco mil dólares de multa, al no pagar esta cantidad, fueron conducidos a la cárcel. Al ingresar en la prisión, el director del establecimiento interrogó:

— ¿Van ustedes a ocupar una celda de pago?

— ¡Oh, nosotros somos muy pobres!

— ¡Es que, caballero, le advierto que para familias completas tenemos habitaciones a precios reducidísimos!

Y allí llevaban instalados varios meses, cuando se presentó ante ellos, en calidad de visitante, un empresario, hombre rico y gran protector de artistas, el cual, al conocer la historia de los Williamson, les preguntó:

— Pero ¿será posible que vosotros toqueis los instrumentos de música tan mal como me dicen?

— ¡...!

— Voy a pagar los cinco mil dólares que os han impuesto de multa, y mañana por la mañana vais a tocar ante mi presencia. ¡Y vamos a ver qué es eso!

Ocho días después, los Williamson, vestidos de rigurosa etiqueta, debutaban en el Dancing-Metropol, de Nueva York, en calidad de nueva orquesta, logrando un éxito rotundo, definitivo, arrollador. ¡Las estridencias, los aullidos, los sonidos inarmónicos, toda aquella música áspera, burda y malsonante, era acogida triunfalmente como el último grito de la moda!

Esta es la historia real, el origen auténtico del jazz-band. Habrá algunas personas que afirmen que tal música proviene de los negros, o añadirán, insensatas, otras patrañas semejantes. Nada de eso es cierto. Los creadores del jazz-band son los ocho miembros de la familia Williamson.

LUIS ESTEBAN



Dib. MONTENEGRO. — Madrid.

- Perico, no cantes, que va a llover.
- Déjale que cante La tempestad.
- Si empieza La tempestad, es seguro que llueve.

EL TIEMPO DE LOS MELONES

A mí me gustan los melones con verdadera exageración. Soy un melonófilo terrible.

Mientras llega la época del riquísimo fruto, no lo olvido un momento. En las conversaciones siempre intercalo frases alusivas, como «A ti te he calado yo», cuando un amigo no es franco conmigo, o «De aquí saco yo raja», cuando creo que en un negocio voy a participar. A los Pepes los llamo cariñosamente «Pepinos», y es lo corriente que cuando canto sea mi cantar favorito aquella inspirada copla popular que dice:

«¡Cuándo querrá Dios que llegue
el tiempo de los melones,
para ponerme una tripa
que me llegue a los talones!»

A mí me llaman melón, y en lugar de ofenderme, me crezco. Creo más dignos a los melones de ir sobre los hombros que a ciertas cabezas. Los melones suelen ser dulces y tiernos; las cabezas duras e irascibles.

El espectáculo de las Vistillas en esta época me emociona. Se me figuran multitudes abigarradas; y mire usted lo que son las cosas: voy al Congreso, miro hacia la derecha, y la mayoría me parece un gran puesto de melones. Me diréis que eso son visiones, delirios; perfectamente, pero a mí me dan ganas de bajar al hemicycleo con una gran navaja, abrirlos en canal y echarles las tripas fuera.

Hay melones que los llaman escritos; parece como si la mano de la Providencia nos los hubiera dedicado. Yo creo, cuando me como un melón de esta clase, que lo único que estaba escrito es que me lo tenía que comer, y me hincho porque respeto mucho los designios de la Providencia.

En el amor los melones son los vehículos más rápidos de la pasión. Si se va usted a las Vistillas con una mujer y compra un blanco, o un escrito, y lo cala, y muerden la cala uno detrás de otro, como salga dulce el fruto, la pareja se amelona, y ya amelonados, ¿se puede pedir un resultado más satisfactorio?

Y lo que me pasa con el melón me pasa con la sandía: la idolatro. Tan jugosa, tan encarnada, lava por dentro y por fuera.

El comprar un melón tiene sus contras, sobre todo si se compra a cala. Nunca olvidaré lo que me ocurrió hace años con un melonero.

Fué en las Vistillas. Era un puesto hermosísimo, repleto de melones. Llegamos ante ellos, y admirados de su tamaño, preguntamos el precio de uno. Al contestarnos el industrial, nos fijamos en su cara: era la de una fiera. Se hubiese dicho un tigre que se había dedicado a la venta de melones.

El melón que nos gustaba era carísi-

mo, y cuando le hicimos esta observación al malencarado vendedor, cogió otra pieza y nos dijo:

— ¡Pues lleven ustés éste, que es más barato!

Yo, sin sospechar lo mal que le iba a sentar al hombre, me atreví a decir:

— ¡Ese es un pepino!

Oír esto el melonero, ponerse hecho un loco y comenzar a soltar improperios, todo fué uno.

— ¿Un pepino este melón? — repetía mientras se buscaba algo en la faja —. ¿Qué esto es un pepino? ¡Ay, mi madre! ¡Un pepino esto!

En este momento encontré lo que se buscaba, que era una navaja enorme; la abrió con el consiguiente estrépito, al propio tiempo que calaba el melón y lo partía en trozos, ofreciéndonos uno a

cada uno en la punta de la colosal navaja, diciéndonos:

— ¡Cate usted ese melón!

Era malísimo; pero conforme lo íbamos catando, ante la actitud de aquel hombre, lo elogiábamos con calor:

— ¡Riquísimo!

— ¡Como azúcar!

— ¡Una mermelada!

Cogimos el melón, pagamos e hicimos un mutis rapidísimo. Cuando habíamos andado unos pasos, vimos que nos decía a grandes voces, aun con la navaja en la mano:

— ¿Quieren ustés que les saque las tripas?

— ¡No!... ¡Mil gracias!... — contestamos rapidísimos.

Desde aquel día, aunque todos los melones que coma me salgan pepinos, prometí no volverlos a comprar a cala.

ANTONIO PLAÑOL



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— Tú eres una nena feliz, no lo dudes. Aun no he conocido una mujer desgraciada que no tuviera camisa.

CÓMO VEN LOS FRANCESES NUESTRO GOLPE DE ESTADO

otre foyer :
n'a aucun
n'est pas

a ou deux,
elle de ne
t véridique
e, et, sans
lui deman-
sa Majesté,
bon plaisir,
oyer infini-
vous payez

tupéfait en
e taxe sur
n'en paye
bail ! Voilà

a Majesté.
nt avec sa-
lut aujour-

s modeste
e je ne de-
In me taxe
lors que je
yer de ma-
ces ! Voici

a Majesté.
rec une fe-
u bas mot.
vous taxe
me plaît !

tribuales
té víctimas
de fondos

être d'accord avec la garnison de Madrid.
Celle garnison est tranquillement dans
ses casernes. D'après certaines dépêches



Le capitaine général de Barcelone
PRIMO DE RIVERA

d'origine gouvernementale (qui ne sont pas
récentes, car les communications sont in-
terrompues avec Madrid) la garnison de
la capitale serait fidèle au gouvernement.
Au contraire, d'après le chef du mouve-

gères.

Le but de c
ne devait avo
qui a été avan
discretions, n'
mettre fin à t
possible à une
l'Espagne san

L'anarchie é
gré incroyable
ont été tués p
partis depuis
pas oublié qu'
M. Dato, le c
gosse, quatre
les circonstan
des chefs de
rantisme.

C'est ainsi
président de l
que, était ass
lence parce q
syndicat dispe
désordre. Un
un chef du sy
entré dans la
tomait sous l
cun de ces cr
était suivi de
nifestations ti
venait, il y a
restait impass
raissait impui

Dans l'arme
au cours des
ment presque
ciations milit
prétendu ne
fessionnels, s
ment. Elles é
la guerre. Les
donner des c
saient campag

otros ahora vamos a hacer lo mismo
con nuestros queridísimos favorece-
dores.

Sabemos, por ejemplo, por nuestro
digno informador, la frase exacta que
pronunció cada ministro y ex ministro
en el instante de enterarse de que se ha-
bía armado la gruesa en Barcelona..., y
en Madrid, Zaragoza y Alicante.

Las frases pronunciadas, con el estu-
por, el espanto y el anonadamiento que
son de presumir, fueron las siguientes:

LA CIERVA. — ¡Rediez!

ROMANONES. — ¡Esto sí que es mala
patal!

SÁNCHEZ DE TOCA. — ¡Nos han dado
con la puerta en las narices!

SÁNCHEZ GUERRA. — ¡Si yo sé esto, a
cualquier hora me pego con Aguilera

BERGAMÍN. — ¡Me han dejado más feo
de lo que soy..., y cuidao que lo soy!

GARCÍA PRIETO. — ¿Y qué hago yo
ahora con mis tíos, sobrinos, sobrinos
políticos, primos, primos segundos, pri-
mos terceros, parientes, deudos y tes-
tamentarios?

FRANCOS RODRÍGUEZ. — ¡La emoción
ha sido tan enorme, que me ha privado
del uso de la palabral (A esto añadi-
mos nosotros un «¡Gracias a Dios!»
tan grande como una casa de veinte
pisos.)

CAMBÓ. — ¡¡Ma parese que se me ha
caigut la lligal!

MELQUIADES ALVAREZ. — ¡¡Ahora me
incomodo, y me hago republicano otra
vez!!

MAURA. — ¡Yo no me hago republi-
cano; pero me huelo que me hago la re-
verenda cuscá!

GOICOECHEA. — ¡¡Cuando las barbas
de don Antonio veas pelar, humedece
las tuyas, por lo que pueda pasar!

OSSORIO Y GALLARDO. — ¡Si hace falta
un alcalde honrado, aquí estoy yo con
mis amigos! ¡¡Madrid será feliz cuando
le llamen la villa del Ossorio y del ma-
droño!

LERROUX:

Sevilla para el regalo...

Madrid para la nobleza...

Para tropas, Barcelona...

¡Yo, a la luna de Valencia!

WEYLER. — ¡A mí, Prim!

PESTAÑA. — ¿Dónde me escondo?...

(Se oculta en un water-closet, y grita
estentóreamente cuando ya está den-
tro:) ¡Viva el comunismo!

LARGO CABALLERO (a los obreros). —

¡En señal de protesta por el movimiento
militar, propongo que se declare la
huelga general en toda España para el
primero de agosto de 1943! ¡Antes, no,
porque sería una precipitación estúpida!

VENTOSA. — ¡Visca Catalunya...;

pero yo me voy a Francia!...

SANTIAGO ALBA (corriendo a razón
de mil kilómetros por hora). — ¡Soco-
rrro!... ¡Que me matan!

ESPAÑA E ISLAS ADYACENTES. — ¡¡A
ése!!!... ¡¡A ése!!!...

NÉSTOR O. LOPE

El diario francés Le Matin, en su número correspondiente al 14 de septiem-
bre, publica el retrato del Sr. Primo de Rivera, presidente del Directorio mili-
tar... Pero en lugar de dar la fotografía del verdadero general, da la de un tío
de Primo, el difunto señor marqués de Estella, que no es lo mismo... Claro que
hacemos eso en España con un político francés, y nos están tomando el pelo
hasta que Poincaré abandone el Ruhr, que va para largo... Pensamos conti-
nuar esta serie de coladuras galas, para poner de manifiesto la idea que tienen
de nosotros en Lutecia.

LA TRAGEDIA DE LOS POLÍTICOS

Ya que estamos un poquito más cal-
mados (gracias sean dadas a la Sabia
Providencia), creemos que será para
nuestros lectores de un interés formi-
dable el conocer varios detalles referen-
tes a nuestros pobrecitos hombres pú-
blicos, declarados cesantes por el últi-

mo movimiento, que ha sido para ellos
mucho más desastroso que los terre-
motos para el Japón.

Un buen amigo nuestro ha averigua-
do algunas cosas curiosas, y ha tenido
la descomunal bondad de comunicár-
noslas sin llevarnos un céntimo, y nos-



— ¿Usted no ha pintado a su madre en cubismo?
 — Sí, señor; pero se la vendí a un inglés que quería un apunte de la puerta de Alcalá.

Dib. BON. — Madrid.

LAS FORMAS DEL AMOR

LA PASIÓN DE "LA CHIRRIS"

El paseo de Ronda, esquina a la glorieta de los Cuatro Caminos. Las ocho de la mañana. *El Colis* y *la Chirris* platican sentados en la acera. *El Colis* es un golfillo de unos quince años, y *la Chirris*, una chicuela de unos doce; ambos visten desastrosamente, y se ocupan en deshacer colillas en un periódico extendido en el suelo.

EL COLIS (*sacando del bolsillo una gran colilla de cigarro habano*). — Observa, *Chirris*... Mía qué hallazgo...

LA CHIRRIS. — ¡Ahí va, mi madre! ¿De dónde has sacao eso?

EL COLIS. — De un bolsillo.

LA CHIRRIS. — ¿Lo has robao?

EL COLIS. — ¡De un bolsillo mío, mujer! ¡Paece gilí!

LA CHIRRIS. — El que no sabe es como el que no ve...

EL COLIS (*encendiendo la punta del habano y fumando*). — ¡Huele mejor que el papel d'Armenia!

LA CHIRRIS. — ¿Pero a ti te paece decente fumarte la mercancía?

EL COLIS. — ¡A ver si no se va uno a poder dar un beneficio!

LA CHIRRIS. — ¡Estoy viendo que va a chafarse el negocio!

EL COLIS. — ¡Pero calla ya! ¿Tú qué sabes de eso? Esta *colasa* la tiró un señorito que salía anoche de la Comedia.

LA CHIRRIS. — ¿Y cómo haría pa tirarla tan entera?

EL COLIS. — Estaba muy nervioso. *El Chano*, que iba conmigo, me dijo que era el autor de la obra que se estrenó

ayer. No hacía más que entrar y salir en el vestíbulo, y les preguntaba a los porteros si se reía la gente...

LA CHIRRIS. — ¡Hay que ver!

EL COLIS. — Luego, cuando acabó la función y se vació el teatro, salió el autor rodeado de muchos señores que le felicitaban. Por cierto, que cuando él no podía oírles, todos decían que era un animal. ¡Me rei yo poco!

LA CHIRRIS. — ¿Y ya no tiró más colillas?

EL COLIS. — Ya no. Se metió en un auto con una señora muy guapa y muy elegante, que decían que era su mujer, y, chica, se dieron un verde antes de arrancar.

LA CHIRRIS. — ¿Sí?

EL COLIS. — Yo conté treinta y cinco besos...

LA CHIRRIS. — ¡Qué poca vergüenza!

EL COLIS. — ¡Eres tonta! Pues si estaban casaos, ¿qué mal hacían?

LA CHIRRIS. — Se podían haber esperado a llegar a su casa.

EL COLIS. — Eso son cosas del querer, que tú no entiendes, porque eres joven.

LA CHIRRIS. — ¡Ahí va! ¿Y tú si las entiendes?

EL COLIS. — Natural. Yo he tenido relaciones formales con *la Pichichi*, con *la Sabelita*, la que vende molinos en el Prado, y con *la Toqui*, ésa que va con su tío cantando cupletes... Yo estoy al tanto en lo del querer...

LA CHIRRIS. — Oye, *Colis*, ¿y es tan bueno como dicen eso de ser novios?

EL COLIS (*poniendo los ojos en blan-*

co y relamiéndose, como persona muy experimentada). — ¡Un rato!

LA CHIRRIS. — ¿Y qué tie una que decirle al novio?

EL COLIS. — Según... Si es moreno se le dice *¡Negro d'ebano!*, y si es rubio, *Mazorca sofocá*...

LA CHIRRIS. — ¿Y si es castaño?

EL COLIS. — Pues *Castaño d'Indias*.

LA CHIRRIS. — ¿Y na más?

EL COLIS. — ¿Cómo que na más?

LA CHIRRIS. — Que si no se dicen otras cosas.

EL COLIS. — Chica, tú eres tonta del puchero craneano... Se dice to lo que a uno le brota de la personalidad.

LA CHIRRIS. — ¿Y eso qué es?

EL COLIS. — ¡Mía que no conocer siquiera el idioma... Vaya, a lo que estamos, *Chirris*... (*Siguen deshaciendo colillas. Una pausa.*)

LA CHIRRIS. — Oye, *Colis*...

EL COLIS. — ¿Qué pasa en Cáceres?

LA CHIRRIS. — Oye, *Colis*; yo quería...

EL COLIS. — ¿Qué?

LA CHIRRIS (*bajando la vista*). — Que quería... ¿Sabes?... Tener novio...

EL COLIS. — ¡Anda la osa blanca! ¿Pero estás enamorá, *Chirris*?

LA CHIRRIS. — Unas mijas...

EL COLIS. — ¿De quién?... ¿De Primo de Rivera?

LA CHIRRIS. — No... De un compañero.

EL COLIS. — ¿Del *Chano*?

LA CHIRRIS (*contemplándole con la boca abierta*). — No...

EL COLIS. — ¿No?... (*Comprendiendo que sus prendas personales han emocionado a Chirris*). ¡Ah, vamos; no me extrañal...

LA CHIRRIS. — ¿Eh?...

EL COLIS. — Que no me extraña, porque tengo una figura que, cuando salgo a la calle bien arreglado, provocho manifestaciones femeninas.

LA CHIRRIS. — ¡Ponderativo!

EL COLIS. — Na más que eso... (*Una pausa.*) ¿De modo que estás por mí que tropiezas?

LA CHIRRIS. — Ya ves...

EL COLIS (*dándose una barbaridad de importancia*). — Pues te voy a tener que dar un número.

LA CHIRRIS. — ¿Un número?...

EL COLIS. — Pa que tomes la vez. Contigo son cuarenta y siete aspirantas a mi corazón las que taconeán por Madrid.

LA CHIRRIS. — ¿Sí?...

EL COLIS. — ¡Lo que oyes con sordinal!

LA CHIRRIS. — ¿Pero no eres capaz de querermé a mí sola?

EL COLIS. — Ya te he dicho que tengo el corazón hipotecado.

LA CHIRRIS. — ¡Aristócrata!

EL COLIS. — Vas a insultar a don Santiago Alba, que está en Australia.

LA CHIRRIS. — No tengo pa el viaje.

EL COLIS. — Pues pídele billetes al marqués de Comillas.



Dib. Sánchez Vázquez
Málaga.

— ¿Qué vale Los siete niños de Ecija?
— Catorce reales.
— Bueno; le doy dos reales, y me da osté el niño más pequeño...

LA CHIRRIS. — Bueno, Colis, ¿sí u sí?
EL COLIS. — Ya te he percatado de que haces la cuarenta y siete.

LA CHIRRIS. — Te convindo a un recuelo con puntas en el bar Chumbica...

EL COLIS. — ¿Eres capaz?

LA CHIRRIS. — ¡Pues claro!

EL COLIS. — Entonces, eres la favorita de mi harene, Chirris... (Se levantan y recogen el periódico.)

LA CHIRRIS (muy contenta). — ¿De veras?

EL COLIS. — ¡Como que con permiso del señor Rosso, te voy a azquirir el velo de Isis!...

LA CHIRRIS. — ¿Pues andando?

EL COLIS. — ¡Al galope! (Se cogen del brazo y se van muy contentos hacia el bar.)

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

¡ASÍ ES LA VIDA!...

Desde chico, en las veladas, mientras se espera o se contiene a duras penas la invasión del sueño, he oído referir muchas veces el cariño ejemplar que se profesaba un matrimonio que fué amigo de mis familiares.

Aquella doña Escolástica, siempre tan presumida, tan amante, tan cuidadosa de su persona como esclava de su Atilano, hombre cariñosísimo, tan leal, tan bueno con su cónyuge. No se concebía a doña Escolástica sin don Atilano, ni a éste sin aquélla; por las mañanas, cuando él iba a la oficina, ella le acompañaba hasta la puerta, llevando un rollo debajo del brazo; el tal rollo era una ampliación de don Atilano; él, en la oficina, había pegado un retrato de dije en el tintero, a fin de contemplar constantemente a su Escolástica. En la vejez se les llamaba cariñosamente el matrimonio panal. ¡Cómo rompe el Destino las uniones más felices!

La Fatalidad, implacable, caprichosa, se cebó en aquel matrimonio; y una noche, memorable por lo trágica, segó la vida en flor de aquella adorada señora. El marido gemía, se retorció, lloraba inconsolable.

Transcurrieron las horas y llegó la del entierro; fué un cortejo tristísimo. El pobre don Atilano, traspasado por el dolor, era un fardo cuando le metieron en el coche de duelo. Ya enterrada la esposa, de vuelta hacia la casa, convencido de que no podría vivir sin aquella adorable mujer, hizo un alto en su camino; habló con un marmolista y contrató una lápida: quería un sencilla epitafio, pocas palabras, y lo redactó de la forma siguiente:

A MI ESCOLÁSTICA
¡EN SEGUIDA VENGO!
18 DE JUNIO DE 1860



Dib. GALINDO. — Madrid.

— ¿Y no teme usted morir en el combate?

— No, señor. ¿No ve usted que tengo asegurada la vida?...

La vida quiso mofarse de aquel hombre bueno que sólo pensaba es su señora. El tiempo fué cauterizando la herida, y un día nuestro amigo tropezó con una señora que era el vivo retrato de la difunta. La pretendió, y don Atilano casó nuevamente. Era tan perfecto el parecido, que hasta en el nombre coincidieron. Transcurrieron los años, y un día, el 19 de junio de otro año, este cariñoso esposo se olvidó de respirar.

Se abrió su testamento, y en él consignaba que se le enterrara con su difunta. Se hizo como ordenaba, y se puso la inscripción. Esta era muy lacónica:

¡YA ESTÁ AQUÍ TU ATILANO!
19 DE JUNIO DE 1896

El primero de noviembre de aquel año, la segunda doña Escolástica quiso cumplir un deber sagrado, y al llegar junto a la tumba donde reposaban los amantes, se mostró sorprendida; sin duda, un chusco, un malcriado, había puesto con lápiz, en letras gordas, una frase que la dejó medio muerta. Debo de la última inscripción se leía claramente:

¡CREÍ QUE NO LLEGABASI

Esta ironía sangrienta ha sido mi obsesión de siempre, sin haber podido acostumbrarme a recordar sin indignación el caso de este amante matrimonio que fué amigo de mis familiares.

RAFAEL BENET



Dib. URIBE. — Madrid.

- Pero ¿no decías que habías patinado muchísimo en Suiza?
- Sí; pero es que allí el hielo es natural.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

"EL JUDIO" DE ALMICROA

Cuando salíamos de presenciar el estreno de la adaptación que de *El mercader de Venecia* ha hecho el Sr. Almicroa (?), un curioso que no asistió a la función hubo de preguntarme:

— ¿Qué tal? ¿Es bonita la obra?

Respondimos, naturalmente, que la obra de Shakespeare es preciosa. Negarlo fuera una idiotez.

— De modo que ha gustado, ¿eh?

— A mí, no.

— Pero ¿no decía usted?

— Decía y digo que *El mercader de Venecia* es un encanto. Lo que han estrenado esta noche, *Sylok, el judío*, es una cosa muy diferente.

— Explíquese. ¿Le falta algo? ¿Le sobra acaso?

— Exactísimo. Le sobra y le falta. Le faltan personajes, diálogos, cuadros, actos... Le sobra literatura del hombre que

ha colaborado con Shakespeare. Le falta la figura precisa a Paco Morano y le sobra carne para darnos la sensación del personaje; le falta una nariz aguileña y le sobra voz...

Nuestro interlector miró asombrado; permaneció un momento vacilante, y luego, tendiéndonos la mano, se despidió:

— ¡Que usted lo pase bien! ¡Y muchas gracias!

— De nada, señor.

✱ ✱ ✱

Quedamos hondamente preocupados. ¿Le habrían parecido incoherencias nuestros juicios? ¿Se iba asustado de nuestras palabras? ¿Eran acaso opiniones injustas? No lo creíamos.

En efecto: en *Sylok, el judío*, faltaba y sobraba algo.

¿Por qué inventaron un personaje que

figura en el reparto y se llama *Prólogo*? Recordábamos algunas de las traducciones y adaptaciones: Gemier estrenó en París *El mercader de Venecia*, en siete cuadros y con muchos más personajes, y entre ellos no aparecía ese caballero *Prólogo* que se nos presentó en el Español surgiendo de las tinieblas y diciendo unos versos desconocidos ¡y de tal formal, que no parecía sino que el actor estuviese realizando ejercicios de declamar con la boca totalmente ocupada por una patata voluminosa...

Clark, tampoco al traducir puso ese personaje; el marqués de Dos Hermanas, igualmente lo omitió. En las traducciones italianas, en el original inglés, tampoco aparece. ¿Quién le daba vela en tal entierro a ese *Prólogo* que aparecía por generación espontánea? ¿Por qué hacer esas cosas? En cambio, ¡oh cruel Almicroa!, privas al criado Lancelot de su padre Gobo y le hurtas la tierna escena del encuentro y evitas el natural regocijo del anciano...

Mas no paras ahí. ¿Por qué el real personaje aragonés, que tiene tanto derecho como el Abd-el-Krim que sale en el Español, no ha de salir a probar fortuna y a buscar en las célebres cajas la fortuna de poseer a Porcia? Como muy bien decía Díez Canedo, «Los Infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?» ¿Por qué borrarlo de una plumada y mandarle un tan descortés recado de que se fuese con viento fresco? Sobra todo eso y falta el personaje.

¿Por qué nos engañaron afirmando que en la caja de oro había una calavera y que en la cavidad de un ojo aparecía un pergamino? ¡Embuste vill! En aquella caja no podía haber sino un cráneo de conejo... Para una calavera humana hace falta un continente mucho mayor. Palabra.

✱ ✱ ✱

Faltó también el último acto, poético, bellísimo; faltaron otros cuadros complementarios. Echamos de menos los intérpretes; se nos arrebató con violencia, con premeditación y alevosía el cincuenta por ciento de la obra de Shakespeare. ¡Y se nos aumentó una escena improcedente en el acto del juicio!

✱ ✱ ✱

Sí, curioso fugitivo que se marchó usted horrorizado ante nuestra opinión sincera.

Sobró mucho y faltó muchísimo.

No le hemos de decir más, sino que se inventó un título, *Sylok, el judío*, y se le quitaron letras al nombre y al apellido del autor.

Afirmaban los carteles que *El mercader de Venecia* era de William Shakespeare...

¡Hágase usted una ideal...

JOSÉ L. MAYRAL

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA A PRINCIPIOS DE TEMPORADA

En estos azarosos días en que se forman y se disuelven todo género de negocios teatrales, hay pocas lecturas tan amenas y tan desconcertantes al mismo tiempo como las secciones dedicadas en los periódicos a las novedades teatrales.

Estas noticias deben recibirse con todo género de reservas. Hay que quitar mucho de lo que exageran, pues muchas veces, como el cronista tiene una obra para estrenar con determinada compañía, dedica a ésta desmesurados elogios, a un tiempo que deja escapar maliciosas especies sobre las Empresas que le han rechazado algún engendro. No debe, pues, concederse demasiado crédito e importancia a las cosas de los teatros...

Si el actor es amigo, se dirá al público todos los días que es el más gracioso de cuantos pisan la escena; y si, por añadidura, lleva en su repertorio por las ferias de los pueblos importantes una obra del cronista, la campaña será la más productiva y más gloriosa de cuantas se realizan.

El lector no debe confiar demasiado en lo que lee, si no quiere pecar de ingenuo y ser sorprendido muchas veces con una comedia sin importancia o un mal actor, que ha leído en letras de molde pregonar como el más grande éxito de la temporada y el más genial de los cómicos españoles.

Todos los años pasan de treinta los «éxitos más grandes de la temporada». Esta hipérbole no se da tan exagerada en los demás espectáculos. En *variétés*, por ejemplo, donde el reclamo tiene un precio de tarifa, no abusan, fuera del precioso Edmond de Bries, del elogio, ni dicen ser más bellas las más sugestivas y atrayentes estrellas de cuantas figuran en los carteles. El citado «estrella» sí pregonan sus méritos personales por todas las vallas de los solares y hace un detenido inventario de las *toiletas* y los mantones de Manila que posee.



Un día nos dicen que Fulánez forma con la Mengánez y que llevan a Farciez de actor cómico. Nos aseguran además que tendrán teatro en Madrid hasta enero.

Nosotros, sorprendidos en nuestra buena fe, decimos dos días después la noticia en alguna reunión. Entonces, uno de los circunstantes nos dirá:

— ¡No, hombre! ¿De dónde saca usted eso? La Mengánez va al Infanta de

primera actriz, y Farciez forma con la Rendueles para hacer *vodevil* en el Noviciado. En cuanto a Fulánez, es seguro que actúe en provincias hasta enero, que vendrá al Español.

— Entonces, ¿a la Princesa...?

— Cine hasta noviembre. Luego, Zutánéz a hacer *los tenorios*, y después inaugurarán doña María y don Fernando.

— ¡Ah, ya!

Inútil es que creamos esto! Lo repetiremos como lo hemos oído y no ha de faltar quien nos interrumpa:

— ¿Qué dice usted? ¡No sabe usted por dónde se anda! La Mengánez se dedica al cuplé. Farciez es ya galán de un teatro de Barcelona. La Rendueles actuará con Fulánez en Eslava, hasta que venga don Gregorio, ¿sabe usted?



— Un puro de verano.
— ¿Y cómo son los puros de verano?
— ¡Sin faja, mujer, sin faja!...

Dib. GARRIDO. — Madrid.

Zutáñez está contratado de tenor en Maravillas. En la Princesa actuará Raquel con una compañía de variedades.

A los dos días, nada de esto resultará cierto. Farciez cuenta con el Eldorado hasta abril y trabajará con la Mengáñez, qua ya no cantará cuplés. También Raquel deja el cuplé para hacer dramas con Zutáñez en Valencia y Andalucía, para debutar en el Infanta el sábado de Gloria con una obra de Linares Rivas. También se dirá que esta obra la ha leído ya el ilustre dramaturgo y senador vitalicio a Zutáñez, que va a un teatro nuevo de la Gran Vía. La Rendueles ya no va con Fuláñez, porque la ha contratado D. Tirso, y Fuláñez se dedica al circo para debutar en el Americano.

Todos los días variarán estas noticias, sumiéndonos en el *insondable piélago de la duda*.

Yo he conocido un pobre hombre que

acabó neurasténico. Se había apoderado de él la terrible manía de saber noticias teatrales. Hoy vaga por los pasillos de su casa, con la vista extraviada, gritando y cometiendo todo género de incongruencias.

Esperemos lo que al fin resulte de la temporada que empieza. Todo el mundo quiere un teatro en Madrid. Los únicos que quedan libres para saciar esta voracidad son los que, para aprovechar sitio, sólo tienen cabida para doce personas. Hoy se hace un teatro en el pasillo de una casa.

En estos teatros son siempre los primeros atascos. El que más, llega trabajosamente a la cuesta de enero, que es el fin, el Annual de todos los negocios teatrales que hoy se barajan con gran solaz de los que no los tomamos en serio.

José LÓPEZ RUBIO

EL MUNDO DE LAS PELÍCULAS

(Apuntes de viaje de nuestro enviado especial.)

UN CONCIERTO WAGNERIANO

Nos hallamos en Megalópolis, importante urbe cinelandesa, y asistimos — de gorra, por supuesto: ¡o somos, o no somos! — a un gran concierto wagneriano.

La sala está llena. En un palco de proscenio, el inmenso Charlot, rigurosamente enlevitado y con un pañolito en triángulo atado al cuello, se corta las uñas tranquilamente sobre los espectadores de la platea y arroja insolentes fumaradas de un «Bismarck» con su fastuoso fajín ceñido.

Hay un silencio categórico, absoluto; un silencio en que no se oye ni el clásico «vuelo de una mosca» (bien es verdad que ha pasado el tiempo de ellas). Y en medio de este silencio, ese señor maleducado que en Cinelandia, lo mismo que en otras partes, vuelve en la orquesta la espalda al auditorio, empieza a agitar desatentadamente la cría ridícula de bastón que es como su insignia, y con la que a veces — en este momento, por ejemplo — parece que, más que compasear y *levantar* notas, lo que verdaderamente hace es fustigar, todo encorajado, desde lo alto de algún pescante al tiro que remolonea...

Los flautas, los trombones, los helicones, los clarines, los trompas, rehinan sus carrillos como angelotes de retablo; los violines y contrabajos hunden ya sus pies en un charco de sudor; los platillos empalman, incansables, sus *Dóminus vobiscum*; redoblan las cajas como para un salto mortal, y los mazos descargan igual que arietes, con su pesado «toma tripita», sobre atabales y tambores. Todo el mundo está en la or-

questa dale que dale: unos sopla que sopla, otros rasca que rasca, y los demás pega que te pega.

Se trata, como hemos dicho, de un festival wagneriano, y el número que a la sazón la orquesta ejecuta es, precisamente, de lo más ruidoso que el coloso teutón produjo: la cabalgata de las walquirias.

Pues bien: no se oye absolutamente nada; pero lo que se dice absolutamente nada.

Y, sin embargo..., ¡ahl, sin embargo, el público escucha absorto, esto se ve bien a las claras. Sí; se ve a las claras



Dib. CARIÑO. — Madrid.

— *Antes venías alguna vez por casa; pero desde que eres aviador, te vendes muy caro.*

— *¡Y tan caro!... Como que estoy por las nubes.*

que está emocionado, emocionado realmente... ¡Oh! Que nadie tosa o estornude, que no se permita nadie un cuchicheo con la butaca de al lado, que nadie haga el menor ruido, pues cinco o seis mil miradas envenenadas lo dejarán clavado en el asiento.

Pero ¿es que, no oyéndose la música — diréis —, se oyen las toses, los cuchicheos o los estornudos? ¡Ah, no, qué duda cabe, no se oyen! ¡No se oye nada, no se oye absolutamente nada! Pero ¿se oyen acaso los aplausos — aplausos frenéticos, delirantes — en que el auditorio — llamémosle así — rompe entusiasmado a la terminación de la cabalgata de las walquirias? No; y a despecho de eso, cesan sólo cuando sobre *Lohengrin*, segundo número del programa, va a ser asestado el primer batutazo.

Mas en este preciso instante, Charlot, el inmenso Charlot, sale al palco escénico arrastrando una pianola, que deja frente a la batería; hace una serie de reverencias y da de paso una porción de tropezones; exhibe luego un gran cartel en el que se lee: *Lohengrin, a pianola, por Charlot*; y despojando, por último, a un bombero de su cinto de reglamento, se ata con fuertes ligaduras a las patas columnarias del mueble, y a pie firme se pone a pedalear.

Al principio, nada: uno, dos, tres o cuatro estornudos entre el público. Era un aire suave... *Era un aire suave, de pausados giros...*, ¿no? Pero después es ya un remusguillo que obliga a las damas a echar por sus hombros los boas o las pieles, y a los caballeros a meterse en los abrigos o a sentar plaza de cesantes. Bien pronto, en fin, un hábito huracanado arrebatado de los atriles las partituras, de los antepechos los periódicos, los guantes y los programas, de las cabezas los bisoños y las pelucas, y todo ello, al soplo del grandioso Ricardo, y entre remolinos de polvos de arroz (¡vaya una paella!), comienza a bailar una arbitraria farandola por todo el ámbito de la sala. Finalmente, la impetuosidad del viento llega a ser tal, que arranca de cuajo la techumbre del edificio, y Charlot, poderosamente impelido por el ventarrón de notas — de notas que no suenan —, se eleva con la pianola por los aires y surca el azul, siempre *lohengrinizando*...

¿Encontrará a Elsa en la orilla de alguna nube este Caballero del Cisne sin cisne, pero con pianola?

Más que probablemente. En Cinelandia únicamente son crederas las cosas que son absurdas, y verosímiles, solamente las increíbles. ¡Delicioso mundo el de las películas!

Sólo en él, además, según habéis visto, y con tal que Charlot no *wagnerice* pianolísticamente..., sólo en Cinelandia, el pueblo mudo, donde la música es sorda, se puede ser wagneriano.

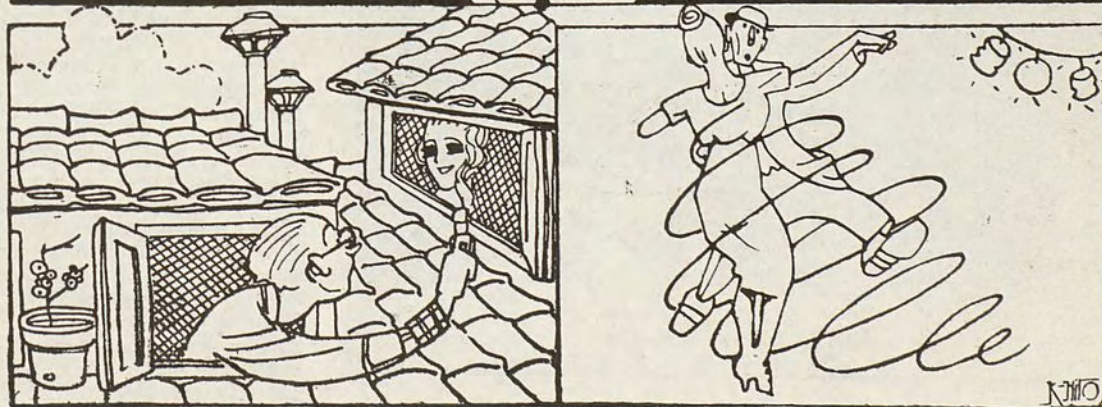
MANUEL GALÁN

El secreto



*Elena es una morena
que se aburre en la verbena;
y, aunque el caso no se explica,
nadie baila con Elena...,
y así se aburre la chica.*

*Después ella se inspecciona,
y no sale de su asombro...
¡Con decir que es su persona
tan castiza y tan chulona
que lleva por peine un combrol...*



*La cosa fué porque un día
su vecino Juan García,
que es un chico muy formal,
le dijo que le traía
un frasco de SUDORAL.*

*Ahora vuelve a la verbena,
y aunque de sudor se llena,
huele a rosas su sudor...
¡Y da más vueltas Elena
que cualquier ventilador!*

PRECIO: 2,50 PESETAS

Fabricado por FLORALIA, creadora de los admirables productos «Flores del Campo»: jabón, colonia, crema, etc.

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

LI

No recuerdo, porque ¡yo tengo una malísima cabeza (a pesar de lucir un pelo rizado que es la perturbación del bello sexo), si en las repetidas veces que he hablado de los cementerios de París he dicho o he dejado de decir que constituyen un delicioso paseo para los parisienses (¡para los que están todavía vivos, claro!). Pues bien: si no lo había dicho, lo digo ahora, y ya lo saben ustedes; y si lo había dicho, quiere decirse que lo vuelvo a repetir, y así no les cabrá la menor duda de que es una cosa que es verdad y de que yo soy un tío pesado en la más trigonométrica extensión de la palabra.

Sí, señores, tanto el cementerio del buenísimo padre Lachaise, como el de Montmartre, como el de Montparnasse, son puntos de reunión de una porción de gentes honradas que van a ellos a oxigenarse, a tomar el sol (cuando le hace) y a atizarse furibundos paseos por las enarenadas avenidas, calles y plazuelas a las cuales dan prestigio los mil distinguidísimos cadáveres y cadáveras (cuyos pies beso y cuyas esqueléticas manos estrecho) que desde tiempo inmemorial tienen allí su fría morada.

Todos los paseos de los repetidos cementerios están llenos de bancos exactamente iguales a los que tenemos en Madrid en Recoletos y en la calle de Alcalá. Por sus amplias alamedas corren los niños detrás de los aros, las institutrices detrás de los niños y algunos caballeros de corazón ardiente detrás de las institutrices. Más de una vez a la sombra de un álamo copudo ha resonado el estrépito de un beso más copudo que el álamo.

Hay que tener en cuenta, para explicarse esta preferencia que dan los parisienses a los cementerios sobre ciertos parques, que se encuentran todos magníficamente situados y en el centro de populosos barrios, que son bastante mayores que muchos jardines y *squares* (cosa natural desde el momento en que los *squares* y jardines son sólo para las personas vivas y los cementerios son para las vivas y para las muertas), y que en sus paseos no hay polvo como en los parques, salvo el polvo vil en que los difuntos se convierten; pero éste tiene la inmensa ventaja de no manchar la ropa como el otro.

Hay además otra razón suprema para los aficionados a solazarse en los cementerios, y es que, aunque son lugares

agradabilísimos y da gusto permanecer en ellos, es mucho más lógico disfrutar de sus comodidades cuando se está bien de salud que no después de fallecer, que generalmente ya no se tiene humor para nada.

A los cementerios suelen ir a filosofar los cesantes (en París hay muchos, y lo siento por ellos), y no es raro ver en un banco a un hombre sin una peseta ni de donde le venga, cosa un poco absurda, porque ir a los bancos sin dinero es una elocuente estupidez. Claro que esta clase de ciudadanos es precisamente en los cementerios donde tienen más adecuada colocación, porque suelen estar muertos de hambre, que es el primer paso para acabar estando muertos de todo lo demás. También es fácil encontrarse con jocundos señores que leen periódicos festivos como *Le Rire*, *Le Journal Amusant* y *La Vie Parisienne*, lanzando apocalípticas carcajadas. Ahora bien: morir de risa, aunque sea en un camposanto, no es tan peligroso ni tan tétrico como morir por no ingerir un *bisté* a su debido tiempo.

Ayer, no obstante, vi en el *Père Lachaise* dos sujetos de nombre desconocido y de apellido ídem (quiero decir que yo no los conozco, no es que pretenda arrojar una mancha en su honor), cuyos dos individuos, que al principio me parecieron perfectamente vivos y coleando, resultó que, al cabo de un rato, estaban absoluta y rotundamente muertos. Tenían traza de haber comido juntos y, ¡oh dolor!, de haber bebido mucho más juntos todavía. Iban del brazo, riendo; pero su conversación incoherente y su risa sardónica me parecieron siniestras no sé por qué. Vi que ambos se tambaleaban y, pese a la risa, tomé el tambaleo como síntoma de un mal grave que iba minando lentamente sus organismos. En efecto: no pudieron permanecer de pie ni un momento más, y se sentaron en un banco, donde continuaron riendo y dirigiéndose frases inconexas, absurdas y retrospectivas. De pronto, uno de ellos palideció, se echó las manos al abdomen con súbito espanto y lanzó la frase terrible «¡Me muerol!...» El otro siguió sonriendo, con sonrisa fantasmal, mientras su interlocutor se adjudicaba un horrendo masaje en la barriga; pero a los pocos momentos se puso lívido también, repitió las palabras «¡Me muerol!» e imitó concienzudamente el masajismo de su colega, explorándose la región abdominal con una angustia creciente y con dos manos, porque no tenía tres... ¡Era horrible la escena!... ¡Silenciosos, la risa borrada ya completamente de sus labios y retorciéndose en tremenda agonía, con las cuatro manos apoyadas



EL ANGULO «ITALIENS-MONTMARTRE»

Populosísimo trozo en el que acaba el bulevar de los Italianos, empieza el bulevar Montmartre, desembocan las rues Drouot y Richelieu, se hacen un lío los cocheros, blasfeman los chauffeurs, se enfadan los guardias y no se atreven a cruzar los provincianos y los extranjeros; y si me atrevo yo, es porque tengo un valor y un desprecio de la vida como para que Espronceda abandone temporalmente su tumba con el solo fin de cantarlo en sonoras endechas.

¡He dicho que éste es el sitio donde acaba el bulevar de los Italianos y empieza el bulevar Montmartre? ¡Pues creo que me he equivocado! ¡El que acaba es el bulevar Montmartre y el que empieza es el bulevar de los Italianos! ¡No quiero líos ni reclamaciones!

en la región tripolitana tantas veces mencionada, como si dijeran ¡No sé qué siento aquí!, presentaban todas las características de una inmediata e irremisible defunción!...

— ¡Se mueren! — pensé yo horrorizado —. ¡La diñan! ¡No duran ni dos segundos!

Y, en efecto, los infelices preagonizantes tuvieron aún fuerzas para levantarse del banco, y se retiraron detrás de un árbol, donde no quise ver lo que hacían, pero donde seguramente entregaron su alma en un brevísimo plazo.

¡Y tan la entregaron, que antes de pasar un cuarto de hora noté con espanto síntomas evidentes e inequívocos de una rápida descomposición!...

Y ni que decir tiene que salí del cementerio batiendo el *record* de la velocidad en carreras pedestres; pero con los ojos preñadísimos de lágrimas.

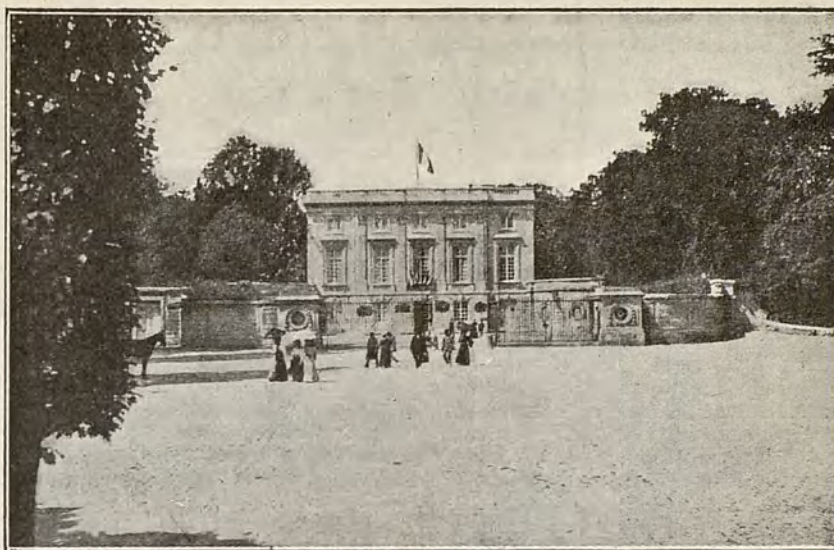
¡Que en paz descansen!

LII

Realmente espantado por el enorme precio que aquí tienen todas las cosas y por la constante alza de algunos comestibles, pues los señores tenderos lo único que bajan es la voz, y eso desde las doce de la noche en adelante, me puse hace pocos días a despoticar en un café de la *avenue d'Orléans* diciendo que como nos enfadásemos algunos cronistas extranjeros y habláramos claro, se iba a acabar el turismo y se iba a ver París en un aprieto muy grande.

Un amable señor, a quien por lo visto aterró la perspectiva de que los abusos de los parisienses con los primos que les van a visitar se denuncien en la Sociedad de las Naciones, me dijo muy seriamente que él podía presentarme una cosa que estaba al mismo precio que antes de la guerra; y como yo me permitiera reírme de los peces del Sena y de los del Marne, se cogió de mi brazo y me llevó frente al número 3 de la referida *avenue*. Y, efectivamente, allí vi una báscula automática *pour les personnes seulement*, de esas que por una perra gorda le dicen a usted, con una ligera diferencia de gramos, lo que usted pesa, o mejor dicho, lo que pesa usted, su traje, sus botas y su sombrero... Al ver que aquello seguía costando diez céntimos como en los lejanos tiempos en que Francos Rodríguez salía suspenso en el Instituto, no tuve más remedio que bajar la *tête* y dar la razón al caballero, que sonrió triunfalmente. Encantado del descubrimiento, me pesé y tuve la satisfacción de ver que sigo marcando sesenta kilos como cuando salí de España, es decir, que no he perdido peso a pesar de lo mal que me están dando de comer en esta heroica villa.

No paró aquí la aventura, porque al día siguiente pretendí pesarme en otra báscula del *boulevard de Port-Royal*, y cuando me disponía a desatar la perra de mi bolsillo para hacerla entrar



EL «PETIT TRIANON» DE VERSALLES

¿Ven ustedes esa porquería?

Pues eso es el petit Trianon.

Otro día les mostraremos el Trianon grande, que es otra porquería.

Solamente que, como el Trianon grande es más grande, la porquería es también mucho mayor. Quite usted a los trianones Luis XV, Luis XVI, la Pompadour, la Dubarry y Maria Antonieta, y quedan dos estupendas casillas de peones camineros.

¡Las cosas como son!

en la máquina, se acercó precipitadamente otro amable ciudadano y me explicó una curiosísima particularidad que presenta esa báscula, la cual funciona perfectísimamente, pero con una sola condición: la de no echar los diez céntimos. Si se pesa usted *de gorra*, la aguja marca el peso volando; pero si se la obsequia con la moneda, la aguja se queda tan fresca como estaba y no hace el menor movimiento. Un poco *mosca*, probé, no obstante. El resultado fué conmovedor: ¡sesenta kilos!... Como yo soy espléndido de mí, hice después la prueba desprendiéndome de los *dix centimes*, y, en efecto, ¡no pesé nada!...

No tendré que añadir, para que ustedes me crean, que volví a pesarme al otro día, al siguiente y al otro. Siempre, indefectiblemente, he pesado los sesenta kilogramos consabidos...

Pero hoy...

Hoy he tenido un capricho. Después de comer opíparamente en un *restaurant Duval* (sopa de legumbres, *pie de mouton*, *omelette au jambon*, *grillade aux pommes*, *fromage de Brie*, *galette Empire*, *fruits* y café), me he pesado para hacer un calculito de lo que el banquete me habría beneficiado.

¡Y he pesado cincuenta y nueve kilos! Comprendarán ustedes que he tomado una resolución irrevocable.

¡Desde mañana no como!

Y les juro a ustedes que no me pesará.

ERNESTO POLO

París. — Brasserie Wepler. — Septiembre.

TITIRIMUNDILLO

Un anuncio:

«Hacen falta cobradores.»

No, señor. Hacen falta pagadores.

Otoño... La caída de la hoja...

Para los empleados que no iban a la oficina, esa hoja que ha caído era la de la nómina.

«Ha llegado la hora de que los políticos callen.»

No se olvide de dar cuerda al reloj y de ponerle en punto.

No sea que ellos miren al suyo y se crean otra cosa.

En esta renovación administrativa ha sido resuelto un expediente que llevaba treinta y cuatro años de tramitación.

Ya tendría hijos, ¿verdad?

Entre oficinistas.

— ¡Chico, corre, que el chaparrón es general!

El azúcar ha vuelto a subir.

«¡Qué amarga es la vida!», dirán los golosos.

Dice un periódico que se trata de rebajar el precio de la carne, porque constituye uno de los factores principales.

¿Cómo factor? Ponga usted el jefe de estación.

Raimunda la inocente, o los mártires del coñac

(Modesto ensayo de folletón encuadernable)

ENTREGA 217

jo en tono grave y terrible:

— ¡Ayala-jumá!

Todos, al oír la poderosa consigna, se apresuraron a soltarle, a la vez que le saludaban en la forma de ritual: con la pierna y el brazo derechos puestos horizontalmente y con un tembleteo calámbrico en los izquierdos.

Godofredo sonrió satisfecho. Sus blancos dientes brillaron en la oscuridad del recinto y sus ojos se entornaron victoriosos, mientras todos aquellos jayanes continuaban en la comodísima posición del saludo al gran jefe Kuki.

¡Ayala-jumá!... ¡Hacia ya muchos años que no se pronunciaba la terrible frase que encerraba el más grande secreto de la congregación clandestina!...

Era la contraseña de los grandes jefes descendientes en línea recta del heroico fundador. La significación de esta frase era sólo conocida por contadas personas; pero todos los congregantes sabían que les era obligado respetar a quien la pronunciara en cualquier momento u ocasión. ¡Ah! Sí. Habían de respetarle y ponerse a su disposición, saludando como ya saben mis lectores.

Godofredo creyó, como es natural, que ya no corría ningún peligro, y dió

orden a sus anteriores contrincantes que bajaran el brazo y la pierna. Pero en este momento ocurrió algo insólito e inesperado...

Alguien entró en la estancia tan silenciosamente, que Godofredo no se dió cuenta de su presencia hasta que estuvo a medio metro de él. El heroico paladín tornóse pálido al verle y no pudo disimular su inquietud.

Mas no adelantemos los acontecimientos, puesto que antes hemos de dar cuenta a nuestros lectores y lectoras de la entrevista de la marquesa de Soiternau con el abate Lemaine.

CAPÍTULO LXIV

En donde, aunque parezca mentira, no se muere nadie.

Negros nubarrones encapotaban el cielo en aquella tarde de mayo, y el reservado gabinete de la marquesa de Soiternau estaba en una triste penumbra que hacía más confidencial y misteriosa la entrevista con el abate.

Este trataba de convencer a la marquesa en tono persuasivo:

— No lo dudéis, marquesa. Esa solución que os propongo es la única viable para arreglar el actual conflicto. Ese

hombre debe ser muerto por nuestros secuaces.

— Pero eso es una crueldad...

— El fin justifica los medios. Además, ¿qué puede esperar de la vida el tan desdichado Godofredo?

— Es que..., escuchadme, monseñor, tengo sospechas de que ese hombre... es mi hijo..., aquel hijo, triste fruto de un devaneo, que yo abandoné hace veintiocho años... ¡Quizás sea mi hijo!... ¡Ah!...

— ¡Oh! Sois muy miedosa, o en vuestra juventud fuisteis demasiado coqueta. Es ésta la séptima vez que no cumplimos nuestras sentencias, por vuestro temor de que el condenado sea hijo vuestro. ¿Cuántos devaneos tuvisteis en vuestra juventud?

— ¡Ah!... No sé; no os lo puedo decir exactamente. Acaso doce, acaso veinte; quién sabe si más. ¡Era tan inocente, entonces!... ¡Se me engañaba con tanta facilidad!...

— ¡Tenéis razón, marquesa!... ¡Oh!... ¡Hay tantos canallas en el mundo!...

— De todos mis hijos abandonados, el que más amarga mi conciencia con su recuerdo es el primero. Tendría yo cuando di a luz diez y siete años.

— ¿Tan pronto empezasteis, marquesa?...

— Era una niña, es cierto. ¡Pero era entonces tan inocente!... ¡Se me engañaba con tanta facilidad!... Tendrá ahora ese primer hijo mío treinta y seis años. Y mi dolor tiene un lenitivo, apreciado abate: la esperanza de encontrarle algún día. El niño tenía un antojo, una mancha en forma de pepino en el pecho.

El abate quedó pálido y demudado al escuchar aquellas palabras. Después, rápida y febrilmente, desabrochó sus ropas hasta mostrar desnudo su fuerte pecho. Bajo el vello encrespado y negro, se veía en la piel una mancha en forma de pepino. El abate abrazó a la marquesa, sollozando emocionado:

— ¡Ah!... ¡Madre!... ¡Madre mía!... ¡Sois mi madre!... ¡Viva tu madre, que para eso es mi abuela!...

Y luego, comprendiendo que esta última frase no era del todo respetuosa, suplicó:

— Perdonadme, madre adorada. Con la emoción y la alegría, no sé bien lo que me digo.

Pero la marquesa no le escuchaba. Con las lágrimas deslizándose por sus mejillas y entre suspiros, exclamaba enternecida:

— ¡Hijol... ¡Hijol!... ¡Hijol!...

Verdaderamente, la escena no podía ser más conmovedora. La noche había cerrado ya por completo, y en la abso-

FIN DE LA ENTREGA 217

ANTONIO GASCÓN



Dib. MEL
Madrid.

— *Pues me acaba de decir Facundo que en cuanto salgamos de la obra te va a pegar un tortazo que te va a romper todas las muelas.*

— *¿Quién, Facundo?... Lo que tiene ése es mucho pico...*

ARTE DE ELEGIR CRIADO

Lo más difícil del mundo es elegir un buen criado. Los que tienen criado han debido de tener un perfecto ojo avizor para lograr encontrarle.

El criado está elegido entre los perezosos, los ladrones y los señoritos fracasados.

No se puede uno distraer de las cosas que hace un criado como de las que hace una criada. El fechorismo del criado es rígido, asombroso, espeluznante, indignante, inaguantable.

En el criado se lucha con toda la picardía del mundo y es como si se hubiese metido en casa una sombra peligrosa.

La lucha del amo y el criado es desde luego la lucha del detective y el sospechoso. El criado con los guantes blancos, como con las manos pálidas de espanto, aguarda en el rincón que le corresponde. Es como reloj de caja parado en el pasillo.

Los criados de médico son curiosos. Tienen ya algo de doctores, y al levantar el picaporte para dar entrada al que ha llamado, ya le han tomado el pulso y saben quién va a ser: si el cliente interminable del doctor, o el cliente por curiosidad que desaparece pronto. El criado del doctor recibe grandes propinas a veces para que pase a unos primero que a otros. En los seis gabinetes que se llenan todas las tardes tiene él rincones



preferidos, posiciones estratégicas, sitios detrás de una cortina que logran preferencias manifiestas. Llegan a tener su tarifa: «Entrada inmediata en la consulta, cinco duros...» «En el primer cuarto de hora, tres duros...» «En la primera media hora, dos duros...» «Un avance rápido en primera consulta, siete duros.»

El criado del doctor desengaña a veces a los enfermos. Ese género de criado filantrópico es muy temido por los doctores. No se enteran sino muy tarde, por un enfermo insistente que les vende la confidencia: «Tengo tal fe en usted, que aunque su criado me ha dicho que usted se ríe de sus propias curas y que lo mejor que podía hacer era no volver, yo he querido consultarle.»

Los criados piensan muy poco; pero hay que escogerlos de los que piensan menos, aunque no sean torpes, es decir, de esos cuyo mecanismo tiene interrupciones largas, tres y cuatro horas de estar en pie y sin pensar, para acertar con lo que se les pide en cuanto se les llama.

Hay criados que han nacido para criados como los reyes para reyes. Yo recuerdo uno que tuvo un rasgo inolvidable de criado prócer.

Llegó una carta. Su señor y yo estábamos en pie junto a una puerta que aun no tenía cristales. El criado pudo pasar fácilmente la bandeja con la carta por el marco de la puerta sin obstáculo; pero comprendió que eso no hubiera estado bien, y con toda disciplina tocó en la puerta preguntando si se podía, y después abrió, entregando la carta por entre los bastidores entreabiertos de la puerta.

Hay el criado que se pone el traje del señor para irse a los bailes de etiqueta.

Yo conocí el caso de uno de ellos. Abusó de que tenía la misma estatura que su señor, y aprovechó ese olvidadizo almacenamiento que sufren los trajes de etiqueta. Todas las noches se iba al teatro a ocupar la butaca de abono, que tampoco utilizada su señor más que muy de vez en cuando.

La mundanidad de una noche impen-sada hizo que el amo le sorprendiese de vuelta de la Opera, siendo curiosa la escena del señor en calzoncillos y muy puesto de camisa dura de frac, que da cierta etiqueta, hasta en calzoncillos, disputando violentamente en la antesala.

Por eso, entre los consejos para elegir criado, está el de no elegirlo de la misma estatura. Aquél, escarmentado, buscó un escuercillo, uno de esos tipos de bufón de rey, que tan útiles son como servidumbre. Es muy distinguido recibir la carta como de un perro que se pone de manos y alarga el bastón cogido con los dientes.

Yo, para ahorrarme todos estos peligros del mal criado, compré en el Rastro un japonés de tamaño natural, que es mi única servidumbre en el alto torreón que es mi vivienda.

Ese criado, que me costó seis duros y es de tamaño natural, me acompaña dignamente, y a veces, cuando no en-

cuentro vástago libre en la percha, me sirve para poner el sombrero.

Dice que si con su cabeza móvil, y siempre me le encuentro fiel, presente, cuadrado, como atado por su trenza a mi torreón. Asusta a los ratones indudablemente.

Para que no estuviese desconsolado



le compré su pareja en el mismo Rastro, una china que no quise adquirir cuando él, pero que al fin he tenido que comprar, pues me distraía una invencible resaca que se establecía entre las «Américas» y mi casa en corriente intensa, violenta, interminable.

La china estaba allí, y eso que había desaparecido unos cuantos meses, porque no se sabe qué fantásticos juerguistas se la habían llevado una temporada, devolviéndola de nuevo al Rastro cansados de su pureza recalcitrante y de su negrísimo pelo.

¡Qué alegría la de la pareja al volverse a encontrar!

Entonces él se convirtió en guarda y ella en guardesa, resultando que ahora estoy asistido por unos guardeses más que por unos criados.

¡Y si tuviese un gong! Si yo tuviese un gong, que es lo que está pidiendo la pareja de chinos, sus atenciones y velocidades serían mayores. Un gong impresiona a cualquier criado, está bien en toda casa que quiera dictar imperiosamente sus órdenes y hacer una llamada eficaz; pero en este caso de servidumbre china, es lo indicado, lo que les mantendría siempre vivaces y despiertos.

Pero me defiendi del *gong*, que puede hacer que acabe uno de patrón de hotel pretencioso. ¡A cuántos perdió el uso inmoderado del *gong*, aparato apetitivo que abre las ganas de comer, invitación a los espíritus que flotan en el espacio, adminículo de las pensiones inglesas, pandero monótono que deja temblantes y vibrantes los aleros de metal del mundo.

¡Cuidado con el *gong*! Toca a paella musical.

Aun me acuerdo de aquella casa que parecía el jardín de los suplicios, por sus muebles, sus modas, su engolamiento, sus costumbres y su *gong*. Como temblaba la pobre doncellita, muerta de hambre, cuando se oía la llamada del *gong*.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

EUTRAPELIAS CAMELIPÓMENAS TRES COSITAS

Macatrú, el insigne dramaturgo desconocido, se ha acercado a la mesa donde bebe reposadamente su vaso de café, sorbito a sorbito, Berúlez, el que le ha pagado en más de una ocasión un reconfortante café con media.

Macatrú no se atreve a demandar un nuevo convite, pues, últimamente, Berúlez le ha dicho que no dispone de metálicos suficientes para convidarle todos los días. Pero Macatrú no ingiere nada desde hace más de doce horas, y se las arregla de una manera indirecta, ante lo apremiante de su necesidad.

Se sienta al lado de Berúlez con la mano derecha en la mejilla del mismo lado, fingiendo un gran sufrimiento.

El camarero va a acercarse; pero se queda a la expectativa.

Berúlez pregunta a Macatrú:

—¿Qué es eso?... ¿Le duelen las muelas?...

Macatrú responde con un gesto de dolor.

—¡Vaya por Dios! — exclama Berúlez —. ¿Y qué?... ¿No siente alivio con nada?...

Macatrú mueve la cabeza en sentido negativo.

—¿Pero no ha intentado usted nada? — insiste Berúlez. (*El camarero ya está a un paso.*) — ¿No siente usted mejoría alguna?...

—¿Por qué no toma usted algo?...

—¿Cómo ha dicho? — interroga al fin el supuesto paciente de dolor de muelas

—¿Qué si no siente usted alivio?...

—¿Qué por qué no toma usted algo?...

Macatrú pone los ojos en blanco, mira al camarero y exclama:

— Bueno... Ya que usted se empeña... Que me traigan café con media tostada...

✻ ✻ ✻

La orquesta ensaya la obra que ha de ser estrenada en breve. El director, ante su atril, pone toda su atención en la tarea. De pronto se le acerca el animal del empresario, que ha estado largo tiempo observando a los músicos, y le dice muy indignado:

— ¡Oiga usted, maestrol...

El director, sin dejar de dirigir, le contesta:

— ¿Qué le ocurre?...

— ¿Que qué ocurre?... ¡Pues que vengo observando desde que ensayamos cómo hay varios músicos que no cumplen; y esto, ¿lo oye usted?, yo no puedo tolerarlo!... Especialmente, hay uno, aquél, el del bombo y los platillos, fíjese, maestro: ¡no toca más que cuando usted le miral... ¡Y aquí toca todo el mundo, porque para eso les pago a todos lo que me exige el Sindicatoll...

✻ ✻ ✻

Un corrillo en el Ateneo.

— ¿Saben ustedes — dice uno — lo que ha dicho Cajal?

— ¿Qué? — pregunta un curioso.

— Pues que para él la vida se reduce a dos cosas: el microscopio y las mujeres.

¡Ah!... ¿Sí?... Entonces, por eso se ha retratado siempre con el microscopio.

— Seguro.

— Pues — apunta otro — no hay más sino esperar la segunda serie.

— ¿Cómo la segunda serie?

— Sí; ésa del microscopio debe de ser la primera serie de fotografías; ahora esperemos la segunda, la más interesante...

TRISTÁN ALEGRÍA



EL BORRACHO. — ¡Ahora comprendo el futurismo!...

Dib. ELÍAS. — Gijón.



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

¡SE ACABÓ LA GASOLINA!, O LA
PROVIDENCIA DE UN FUMADOR
(Historia sin palabras.)

CHARLAS DE MI BARRIO

— ¡Que se progresa, Ceferino, que se progresa! Que cuando se estaba haciendo el barrio de Salamanca, tu abuelo tenía que ir desde la Argumosa al tajo a pie, y hoy día tú...

— ¡Me tengo que ir andando!

— Será por higiene. ¡A ver si no tienes tranvías, omnibus, metro y otra porción de vehículos pa conducirte!

— ¿Y te llevan gratis?

— Eso es aparte; de la cuestión económica no hablábamos. Yo, lo que te decía endenantes, es que hoy la gente discurre más que los antiguos, y ca vez se hacen más inventos, y ca día se afina más. Por ejemplo, tú eres ya menos bestia que tu padre, y él lo fué menos que tu abuelo, y...

— Oye, ¿y los tuyos?

— Ya sabes que yo he sido huérfano. Pero, bueno, to esto ha salido a colación de lo que iba a contarte de Indalecio, que a ver si no es discurrir.

— ¿Qué ha hecho?

— ¿Tú conoces a su chica la mayor?

— ¿Una algo bisoja?

— Sí.

— ¿Muy chata y con un cabezón que parece un monumento?

— La misma.

— ¿Qué es patizamba?

— Esa.

— ¿Y gangosa y alélá?

— Esa, ésa; la misma. Pues veras: en lugar de meterla a cupletista o a algo así, como hacen otros padres, que no les da reparo que les vean de comer el garbanzo del deshonor, la ha mandao a que aprenda taquigrafía.

— Oye, eso se le ha ocurrido ya a dos millones de ciudadanos.

— No seas bestia, Celestino, y no interrumpas. Claro que se le ha ocurrido a mucha gente; pero en lo que no ha dao nadie, como Indalecio, es en el procedimiento pa hacerle adquirir a la chi-

ca una práctica que va a llamar la atención en cuanto se presente en cualquier parte.

— ¿Pues qué ha hecho?

— Una pequeña disgresión. Tú ya sabes que en la casa en que yo vivo, por menos de un «quitame de ahí ese pingo pa tender yo», o por cualquier otra nimiedad, se arma cada bronca de esas que se resienten hasta los cimientos.

— Es verdad. ¿Y qué?

— Pues que en cuanto empieza el jaleo, Indalecio, que está en guardia siempre, le da una voz a la chica, diciéndole «¡Que empiezan!»; y ella se sale al corredor, armá del lapicero y las cuartillas, y, ¡chicol, te recoge en el papel to lo que se grazne en la bronca: los insultos de unos, los denuestos de otras, los gritos de las de más allá, las voces del portero, lo que chillen los guardias. ¡Todo! No se le va ni el ladrido de un perro.

— ¡Arreal...

— Y como esto se repite pon que dos o tres veces al día, por lo menos, considera la velocidad que tendrá ya la muchacha, que lleva seis meses seguidos de esta práctica.

— Pues es verdad.

— ¡Pero, hombre! ¡A ver si no tiene cerebro el Indalecio! Y no te creas, que os vecinos estamos encantaos con esto.

— ¡Anda!... ¿Y por qué?

— Porque antes, a lo mejor, se te metía tu señora en un fregao de esos, te enterabas de que la habían lanzao algún conceto mortificante para ti, y no había medio de saber quién era el o la lanzante del insulto, pa pedirle una explicación o pa partirle un hueso, según conviniera. Pero ahora, te subes en casa de Indalecio, la chica te traduce las cuartillas, o por un real te da una copia, y allí lo ves. Un supongamos: «LA ANTONIA. — ¡So sinvergüenza!... ¡Liosal... ¡Bocazas!...» «LA NATI. — ¡Más le valía a tu marido...!», etc.

— Pero que está muy bien. Y que puede que la gente, sabiendo que va a quedar escrito, se contenga algo en los insultos.

— Las mujeres, no, porque a esas toles da lo mismo; pero pa que hoy día un hombre te llame buey, ya tie que tener sus motivos. De modo, que tú me dirás ahora qué te parece el truco del Indalecio.

— ¡Chico, colosal! Y que cobrando a realito las copias, ya sacará lo suyo.

— Eso no es na; lo esencial pa él es que con la práctica que la chica está adquiriendo pa copiar insultos, en cuanto haya oposiciones pa taquígrafos del Congreso, pues que la presenta.

— Y le saca una plaza.

— ¡Pero, hombre!... ¡Qué se lleva el uno!

JOSÉ DE LUCIO



Dib. CISNEROS. — Madrid.

EL DE LA DERECHA. — ¡No vendo nada! ¡Mi negocio es de los que se hundan! ¿Y tú?...

EL DE LA IZQUIERDA. — A mí me va bien. El mío es de los que suben.

MIRANDO AL SUELO

¿Será verdad, ¡recolchones!,
que gastan tantos millones
en dar decorosas trazas
al piso de nuestras plazas
y de nuestros callejones?

¿Tu magín, lector amado,
no podrá dar en el quid?
¿Por qué ves el asfaltado
tan deshecho, si has faltado
poco tiempo de Madrid?

Lo que yo sé (y no son cuentos
propios de los humoristas)
es que estaban muy contentos
con tan malos pavimentos
zapateros y callistas.

Pero han de rabiarse después,
si el piso asfaltado ves
hasta en las calles ignotas,
pues venderán menos botas
y arreglarán menos pies.

¡Oh, qué sensación más fina
dará, lectora divina,
el ir, al sol o a la sombra,
como quien pisa una alfombra
regada con glicerina!

Pero antes de esa ocasión,
¡trabajo mando al varón
y a la mujer, si en las calles
han de sufrir los detalles
de la pavimentación!

Saber gimnasia es preciso,
porque será un compromiso
hallarse en el triste caso
de no poder dar un paso
mientras arreglan el piso.

Como en el aire se ven
los rieles de los tranvías,
la población muchos días
es una dama con en-
fermedades en las vías.

Andar por estos lugares
es caminar entre riscos,
y ha de dar muchos pesares
el andar entre millares
de adoquines levantiscos;

y al mirar qué cantidad
hay de piedra en la ciudad;
el cruzarla nos arredra,
¡pues morir de mal de piedra
es muy duro, la verdad!

¡Las pirámides erguidas
del Egipto, comparadas
con las en Madrid formadas
quedarían reducidas
a modestas ensaimadas!

Lector: hasta ver tapados
los baches, yo te propongo
que vayas a todos lados
corriendo por los tejados,
igual que cualquier morrongo.

¡Quién pudiera, en conclusión,
triunfar de tanta obstrucción
subido en un aeroplano,
huyendo de lo inhumano
de la pavimentación!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DEL BUEN HUMOR AJENO

BERNARD PALISSY, O LOS DRAMAS DE LA ALFARERÍA, por Cami

PRIMER ACTO

El calvario de un inventor.

(La escena representa una habitación
en casa de Palissy.)

LA MUJER DE BERNARD PALISSY. — ¡Qué
lamentable vida la mía! Mi esposo, Ber-
nard Palissy, sigue sin descanso sus ex-
perimentos de alfarero esmaltador.
Para calentar y hacer cocer sus maldi-
tos cacharros, nos ha despojado de
nuestras modestas economías.

LA VECINA COMPASIVA. — ¡Pobre seño-
ra Palissy!

LA MUJER DE BERNARD PALISSY. —
Cuando no tiene dinero para comprar
leña, poseído de su locura científica,
quema poco a poco nuestro mobiliario.

LA VECINA COMPASIVA. — ¡Pobre seño-
ra Bernard!

LA MUJER DE BERNARD PALISSY. — Co-
menzó por quemar las sillas; después
las patas de la mesa de comedor. Nos
vimos obligados a comer reunidos, sos-
teniendo el tablero con las rodillas. Des-
pués fué el tablero al fuego. Algunas ho-
ras después, nuestra cama de matrimo-
nio, y desde entonces he tenido que
pasar mis noches en el armario de luna.

LA VECINA COMPASIVA. — ¡Pobre seño-
ra Palissy!

LA MUJER DE BERNARD PALISSY. — ¡Si
eso no es nada todavía! A la mañana
siguiente, cuando desperté, quise salir
del armario de luna para lavarme los

pies, y no encontré un trozo de entarima-
do donde sostenerme, cayendo al sótano
precipitadamente. Durante la noche, Ber-
nard había levantado casi todo el suelo
de madera de nuestro cuarto para ali-
mentar sus malditos hornos... Hemos
tenido hoy una escena muy violenta;
como yo me he negado a habitar por
más tiempo una habitación que no tiene
suelo, Bernard ha arrancado el cielo
raso de nuestro cuarto y lo ha colocado
de suelo bastante deficientemente. ¡Qué
desgracia! ¡Estoy condenada a andar por
el cielo raso como una mosca! (Llora.)

LA VECINA COMPASIVA. — Perdóneme
usted; pero a la sola idea de que esta-
mos hablando con los pies sobre el cielo
raso, me siento sobrecogida de un vérti-
go invencible. ¡Adiós, señora! (Sale
precipitadamente.)

BERNARD PALISSY (entrando). — ¡Vic-
torial! (Blandiendo un vaso magnífico,
adornado con figuras en relieve.) ¡Mu-
jer, seca tus lágrimas! ¡He encontrado
el secreto de la cerámica artística! ¡Seré
célebre! ¡La fortuna me sonreirá! ¡Mi cal-
vario ha terminado!

LA MUJER DE BERNARD PALISSY. — ¡Ah!
¡Bien sabía yo que habías de triunfar!

SEGUNDO ACTO

Después de la muerte.

(La escena representa las puertas del
cielo. Algunos años más tarde.)

SAN PEDRO. — Acabo de abrir la puer-
ta, como todos los días, a la turba de
elegidos y de puntos que llegan de la
Tierra. ¡Qué espectáculo tan reconfor-
tante! Todos los cristianos se atropellan



Dib. MONDRAGÓN
Barcelona.

— Mira, un bo-
rracho.

— No, mujer; es
un pollo que va
ensayando un nue-
vo baile.

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

res de Chiclana, Plana Mayor, Alcazarquivir, Larache. — Victorino Infiesta, batallón de Cazadores de Chiclana, tercera compañía, Alcazarquivir, Larache. — Alfredo Sánchez Lloréns y Juan Rubio Felices, Aeródromo militar de Tetuán. Estos pollos quieren que sus madrinan tengan mucha pasta. ¡Ojo, pues, nenaz ingenuas! — José Candel y José Roca, sanitarios en el hospital militar Central de Ceuta. Advertencia: son dos chicos buenos y muy inteligentes. — Luis Mauri, Radiotelegrafía de campaña, quinta unidad, Tetuán. — Valentin Romero, Tomás Gonzalo y Fernando Pérez, sargentos y soldado de la Plana Mayor del segundo batallón de Covadonga, Alcazarquivir, Larache. Quieren las madrinan instruidas y guapitas. — Salvador Sanz y Antonio García Hidalgo, compañía de Telégrafos, Tetuán. — Pedro González Bautista y José Martínez Aguirre, Telégrafos de campaña, Tetuán. — Antonino Lluch, regimiento de Infantería de San Fernando, segunda compañía, Yumayast, Melilla. — Miguel Cabrera, Luis Fuentes, Manuel Bedmar, soldados, y Joaquín Giraudier, cabo, de la compañía complementaria de Ferrocarriles, Dar Drius, Melilla. — Mariano Colás, tercera compañía, Pascual Pascual, primera

Por usar Licor del Polo de Orive, a Fabián García no le molestan las muelas ni de noche ni de día.

compañía, Juan Volta, ametralladoras; Francisco Mora, tren regimental, y Agustín Visa, Plana Mayor del batallón expedicionario de San Quintín, Tetuán. — Juan Torremocha Meliá, Francisco Masana, cabos, y Arturo Díaz Ruano, soldado, de Regulares de Tetuán, primera compañía, ametralladoras, Tetuán. — Francisco Arnáu, Mehalla Jallifiana de Xauen, número 4, Tetuán. — Agustín Porres, de Ceriñola, sexta compañía del tercer batallón, Kandussi, Melilla. — José Marco y Julián Llorente, de la primera bandera, primera com-

pañía, Legión de Extranjeros, Dar Quebdani, Melilla.

✱ ✱ ✱

Rechazamos, ya por unas causas, ya por otras, los dibujos que a continuación se señalan:

Uno de F. O., Rosendo, Rogoza, Una Chispera, Gago, V. Pérez (a lápiz), García y Mas, Ferrer, Campos, Hacha, J. G. de A., Una Mona, Metal y Co., Granados, Tres, Villar, Luis Felipe y Caliche, de Madrid; Ruiz, de Tetuán; Torallas, de Navas del Marqués (Avila); Monteblanco, Hinsberger y



Tommy, de Barcelona; F. A., de Zaragoza; C. P. P., de Novelda (Alicante); Vidiella, de Pamplona; González y Parrilla, de Sevilla, y Aurelio, de Gijón.

Dos de Caracacá, Enrique, Betrou y Arener, de Madrid; Franco, de Almería; Valle, de Jerez de la Frontera (Cádiz); Almagro, de Murcia; Alberto, de Barcelona, y Antón, de Valencia.

Tres de Mendoza, de Madrid; Murciano, de Valencia, y Olivares, de Granada.

Cuatro de Rasec, de Madrid; M. M., de Sevilla, y Clavelón, de Málaga (admitidos dos).

El Sr. G. Núñez, de Madrid, merece párrafo aparte, pues lleva su desaprensión hasta el punto de enviarnos dos dibujos con dos chistes absolutamente idiotas, y en los que las figuras se han publicado ya en este semanario firmadas por López Rubio y Demetrio las de uno, y Llano y Assens Barbá los de otro.

Querérmolos colocar a nosotros, supone, a más de la falta absoluta de condiciones artísticas ya reseñadas, una estupidez lamentable en el señor G. Núñez, de Madrid.

J. A. Madrid. — Dios castigará a sus dibujos; y decimos que Dios los castigará, porque son muy malos.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

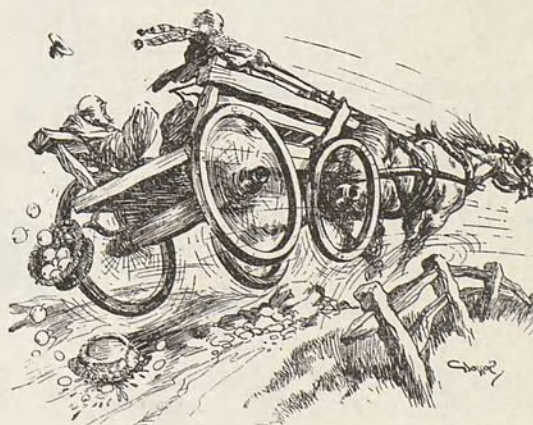
VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO



EL NIÑO (que cree hallarse ante un pim, pam, pum). — ¡Yo quiero que me compres diez céntimos de pelotas para quitarte la cabeza al tipo ése!



— Hemos salido de Londres a las tres de la tarde. Me parece que a las ocho de la noche entramos en el cielo.

(De The Humorist, de Londres.)

PARADA Y FONDA

Restaurante en la estación del ferrocarril de Thimadores, capital de tercer orden. Acaba de llegar el tren, y los viajeros ocupan, apresuradamente, todas las mesas del comedor.

Sirven puré, y los viajeros, después de pasar mil y una fatigas por la temperatura que alcanza el ingrediente en cuestión, dan fin al primer plato.

A continuación devoran unos lenguados. Durante esta operación envidian la frescura del dueño del establecimiento, sintiendo no poder hacer lo mismo con la de los pobres lenguados.

Aparecen en escena unos filetes, que si no son de cartón piedra les falta muy poquito.

Empieza el diálogo:

VIAJERO 1.º — ¡Mozol... Esto no es comestible.

VIAJERO 2.º — ¡Qué escándalo! Pero ¡cómo querrán que nos comamos esto!

VIAJERO 3.º — ¡Esto es imposible! ¡A ver si me traen otro filete!

(El mozo imita perfectamente a un alienado.)

VIAJERO 1.º (a sus compañeros de mesa). — ¿Se han fijado ustedes en el viajero quinto? ¡Con qué facilidad mastica la correa que le ha tocado en suerte!

VIAJERO 2.º (a viajero 5.º) — Caballero, ¿nos quiere usted decir a qué se debe esa facilidad con que tritura su filete?

VIAJERO 5.º — Sí, señores, con mucho gusto. Yo uso siempre pasta dentífrica Sanolán, y así pulverizo todo lo que se me pone por delante.

VIAJEROS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º (al mismo tiempo que apuntan en sus carteras el nombre del dentífrico maravilloso). ¡Muchas gracias, caballero!

EL TREN. — ¡Piii, piiiil...

LA CAMPANA. — ¡Talán, talán!

(Todos los comensales suben al tren envidiando al viajero quinto, feliz mortal, que puede comer hasta en una fonda de estación.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Después de varias semanas de ausencia del señor Bombito al establecimiento del tío Juan, se presenta una mañana muy temprano. El camarero, al reconocerlo, le sale al encuentro ofreciéndole muy cariñosamente asiento.

EL CAMARERO (después de colocarlo). — ¡Dichosos los ojos que le ven, señor Bombito! ¡Es que ha estado usted enfermo, que hace tres semanas que no ha venido por aquí!

EL SEÑOR BOMBITO (dolorido y altanero). — Calla, hombre. ¡Si por poco me mataís el otro día!

EL CAMARERO (extrañado). — ¿Cómo?...?

EL SEÑOR BOMBITO. — El pescado que me servisteis el otro día, que por poco hace que me las lie.

EL CAMARERO. — ¡Pues me alegro, por haberle ganado la apuesta al amo!

Jacinto Iglesias. — Albacete.

Cuartelería.

EL TENIENTE (termina su conferencia de Anatomía). — Ya lo sabéis, muchachos: el esqueleto humano se compone de órganos duros, que se llaman huesos. Usted, sanitario Mengániz, ¿cuántos son los huesos del esqueleto?

EL SANITARIO. — Un ..., un..., un... ¡No lo sé, mi teniente!

EL TENIENTE. — Pero so calamidad, eres más bruto que el percutor. Si lo acabo de decir... ¿Conque no sabes los huesos que tienes en el cuerpo?

EL SANITARIO. — Sí, señor, mi teniente: dos.

EL TENIENTE. — ¿Cómo dos? Vamos a ver, ¿cuáles son?...?

EL SANITARIO. — El comandante Moreno y el sargento Rubio.

Mario de Efese. — Granada.

— ¿En qué se parecen los subalternos del Estado a las chozas de Magallanes?

— En que por ninguna parte se ven las mejoras.

España y sus colonias.

Plática familiar.

— No sé por qué te empeñas en suponer que ha sido el niño el que te quitó ese dinero del bolsillo.

— Tiene que haber sido él.

— ¡También podía haber sido yo!

— ¡Cal!... Tú me hubieses dejado el bolsillo vacío.

R. M. — Madrid.

Un niño de tres años, todos los días oye a su mamá recomendar a su papá, cuando sale de casa, que tenga mucho cuidado con los carruajes, no le vaya a atropellar alguno.

Un día, al despedirse de su papá para irse a la cama, dice el niño:

— ¡Adiós, papaito! ¿Te vas a acostar?

— Sí, momin.

— Pues ten mucho cuidado con los coches.

Los Dos Amigos. — Málaga.

— ¿A que no sabes lo que es un dentista?

— ¡...!

— Pues un hombre que come con los dientes de los demás.

Un Maqueto.

— ¿Quiénes son los mejores corredores de a pie?

— Los guardias de Seguridad, porque cuando dan una carga, hincan-sables.

José María Andaluz. — Alcalá la Real.

MAMÁ. — Quique, te tengo prohibido muchísimas veces que te comas la miel, que te va a sentar muy mal.

BENJAMÍN. — No, mamá; si lo que me sienta muy mal es que te la comas tú.

El Europeo Negro.



— ¡Qué ligereza, marquesa! Rejuvenece usted de siglo en siglo...

(De Le Rire, de Paris.)

Ocurrencia.

— ¿Qué se le ocurriría a usted decir si viese un pájaro cerrado en una jaula?

— ¡...!

— Pues que estaba viendo una-be-cerrada.

P. R.

— Te recomiendo que pases por la fotografía de Pérez... Presenta una colección de retratos magnífica, chico...

— He decidido no pasar por su calle...

— ¿Pues...?

— Por eso..., por que hay exposición...

Mario de Isla. — Valladolid.

En una tertulia, a una señora le preguntaron la edad.

LA SEÑORA. — Cuarenta años.

UN GUASON. — Tiene mucha razón. Hace veinte años que la conozco y siempre dice lo mismo.

El Pelusilla.

El premio del número anterior ha correspondido a **Augusto Robert (Pocáñez), de Linares.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



— ¿Dónde está papá?

— Mírale allí. Va a tomar el correo aéreo de Birmingham.

(De The Humorist, de Londres.)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojecés, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Retiene las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinia y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinosa. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



— ¡¡Pero mujer!!... ¿Me está usted barriendo el perrito?...

— ¡Perdone la señorita!... Creí que era una cosa que ya no servía.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. TONO. — Madrid.